

fin. ¡Adiós, y vive tú! No engañes á la primera que te ame ahora. Por fin, la cura una ninfa, y Perigot, vuelto de su engaño, va á ponerse de hinojos ante ella. Amoret le tiende los brazos; nada ha podido cambiarla. «Aún y por siempre soy tu amor. Vuelve á herir mi pecho desnudo, y seguiré lo mismo de constante. ¡Oh! ¡Con tal que tú me quieras, qué pronto olvidaré todos mis dolores (1)!»—He ahí las conmovedoras y poéticas figuras que esos poetas ponen en sus dramas ó al lado de sus dramas entre los asesinatos, el choque de los aceros y los alaridos de hombres furiosos que las adoran ó las arrancan la vida; se ve aquí el despliegue completo, como la perfecta oposición del instinto femenino extremado hasta la efusión desbordada y de la rudeza viril extremada hasta la dureza homicida. Compuesto y pertrechado de tal suerte, este teatro ha podido sacar á luz el fondo más íntimo del hombre y poner en juego las más potentes emociones humanas: ha podido presentar en escena á Hamlet y Lear, á Ofelia y Cordelia, la muerte de Desdémona y los asesinatos de Macbeth.

(1) Para apreciar el contraste de las razas, véase los poemas bucólicos italianos, la *Aminta*, de Tasso; *Il Pastor fido*, de Guarini, etc.

## CAPITULO III

## Ben Jonson.

I. Los jefes de escuela en su escuela y en su siglo.—Jonson.—Su temperamento.—Su carácter.—Su educación.—Sus comienzos.—Sus luchas.—Su pobreza.—Sus enfermedades.—Su fin.

II. Su erudición.—Sus aficiones clásicas.—Sus personajes didácticos.—Artística disposición de sus planes.—Franqueza y precisión de su estilo.—Vigor de su voluntad y su pasión.

III. Sus dramas.—*Catilina y Seyano*.—Por qué pudo pintar los personajes y las pasiones de la corrupción romana.

IV. Sus comedias.—Su reforma y su teoría del teatro.—Sus comedias satíricas.—*Volpone*.—Por qué esas comedias son serias y militantes.—Cómo pintan las pasiones del renacimiento.—Sus comedias burlescas.—*La Mujer callada*.—Por qué esas comedias son enérgicas y rudas.—Cómo concuerdan con los gustos del Renacimiento.

V. Límites de su talento.—En qué se halla por debajo de Molière.—Falta de filosofía superior y de jovialidad cómica.—Su imaginación y su fantasía.—*El Almacén de noticias* y *La Fiesta de Cintia*.—Cómo trata la comedia de Sociedad y la comedia lírica.—Sus poemitas.—Sus «Mascaradas».—Costumbres teatrales y pintorescas de la corte.—*El Pastor inconsolable*.—Cómo Jonson es poeta hasta en su lecho de muerte.

VI. Idea general de Shakspeare.—Cuál es en Shakspeare la concepción fundamental.—Condiciones de la razón humana.—Cuál es en Shakspeare la facultad dominante.—Condiciones de la representación exacta.

## I

Cuando una civilización nueva da á luz un arte nuevo, hay diez hombres de talento que expresan á

medias la idea pública, en torno de uno ó dos hombres de genio, que la expresan totalmente: Guillén de Castro, Pérez de Montalván, Tirso de Molina, Ruiz de Alarcón, Agustín Moreto, en torno de Calderón y de Lope; Crayer, Van Oost, Romboust, Van Thulden, Van Dyck, Honthorst, en torno de Rubens; Ford, Marlowe, Massinger, Webster, Beaumont, Fletcher, en torno de Shakspeare y de Ben Jonson. Los primeros forman el coro; los otros son los corifeos. Cantan juntos la misma pieza, y en tal pasaje el corista es un igual del jefe; pero no es más que en un pasaje. Así, en los dramas que se acaba de citar, el poeta llega á veces á la cima de su arte, descubre un personaje completo, una explosión de pasión sublime; luego vuelve á caer, anda á tientas entre aproximaciones, figuras esbozadas, trasuntos pálidos, y acaba por refugiarse en las rutinas del oficio. No hay que buscar en él, sino en los grandes hombres, en Ben Jonson y en Shakspeare, la perfección de su idea y la plenitud de su arte.

«En el club de la Sirena menudeaban los torneos de ingenio (1) entre Shakspeare y Ben Jonson. Yo compararía al uno con un gran galeón español, y al otro con un buque de guerra inglés. Jonson, como el galeón, era sólido, pero lento en sus evoluciones; Shakspeare, como el buque de guerra inglés, de menos masa, pero más ligero velero, podía desafiar la marea, virar de bordo y sacar ventaja de todos los vientos por la prontitud de su ingenio y de su invención.» He ahí á Jonson de cuerpo entero en lo físico y en lo moral; sus retratos no hacen más que completar ese bosquejo tan exacto y tan vivo: un perso-

(1) Fuller's Worthies.

naje vigoroso y rudo; cara grande y larga, desfigurada desde temprano por el escorbuto; mandíbula sólida; anchas mejillas; los órganos de las pasiones animales tan desenvueltos como los de la inteligencia; la mirada dura de un hombre encolerizado ó á punto de encolerizarse; añádase á esto un cuerpo de atleta, y hacia los cuarenta años, «una manera de andar pesada y desgarrada, y un vientre que parecía un monte (1).» Tal es el exterior; el interior corre parejas. Es un verdadero inglés, de grande y tosca armazón, enérgico, batallador, orgulloso, frecuentemente taciturno é inclinado á las extravagancias del *spleen*.

Contaba á Drummond que había pasado toda una noche «figurándose que veía á los cartagineses y á los romanos combatiendo en un dedo de su pie (2)». Y no es que en el fondo sea melancólico. Al contrario, le gusta entregarse á ruidosas explosiones de alegría y explayarse en largas y animadas conversaciones, con ayuda del buen vino de Canarias, que ha acabado por ser para él una necesidad: esos corpanchones flemáticos han menester del licor generoso que los entona, sustituyendo al sol que les falta. Aparte de esto, expansivo de suyo, hospitalario, pródigo, franco hasta la imprudencia, en términos de expresarse con el más completo abandono delante del escocés Drummond, su huésped, un pedante rigorista y malévolo, que ha mutilado sus ideas y vilipendiado su carácter (3). En cuanto á su vida, está en armonía con su persona: porque padeció mucho, combatió mucho y se atrevió

(1) Palabras de Jonson sobre sí mismo.—Edic. Gifford.

(2) Véase, en la historia de lord Castlereagh, una alucinación parecida.

(3) Un carácter que está entre el de Fielding y el de Samuel Jonson.

á mucho. Estudiaba en Cambridge, cuando su padrastro, maestro albañil, le llamó para que cogiese la llana. Se escapó, se alistó como voluntario en el ejército de los Países Bajos, y mató un hombre en combate singular á la vista de los dos ejércitos.

Como se ve, era hombre de acción, y, para empezar, había ejercitado bien sus miembros (1). De vuelta á Inglaterra, á los diez y nueve años, salió á las tablas para ganarse la vida, y se dedicó también á arreglar dramas. Habiendo sido provocado, se batió, mató á su adversario y fué gravemente herido; á consecuencia de esto, le metieron en la cárcel y anduvo «cerca de la horca». Un sacerdote católico le visitó y le convirtió; al salir de la cárcel, en edad de veinte años, se casó, sin tener más que el día y la noche. Por fin, dos años después, consiguió que le representaran su primera obra. Venían los hijos, había que mantenerlos, y él no estaba dispuesto, á pesar de todo, á seguir el camino trillado, convencido, como se hallaba, de que era menester llevar á la comedia «una bella filosofía», una nobleza y dignidad particulares, seguir el ejemplo de los antiguos, imitar su severidad y corrección, desdeñar la gresca teatral y las groseras inverosimilitudes que divierten al populacho. Proclamó su proyecto en sus prólogos, se burló con dureza de sus adversarios, alardeó arrogantemente en la escena de sus doctrinas, de su moral y de su personalidad (2). Se atrajo así encarnizados enemigos, que le ultrajaron en pleno teatro, á quienes él exasperó con la violencia de sus sátiras, y contra los cuales luchó sin tregua hasta lo último. Más aún: se eri-

(1) A los cuarenta y cuatro años se fué á Escocia á pie.

(2) Papeles de Crites y de Asper.

gió en juez de la corrupción pública, y atacó rudamente los vicios reinantes, «sin temor al veneno de las cortesanas ni á los puñales de los matones». Trató á sus oyentes como escolares, y los habló siempre como censor y maestro. En caso preciso, se arriesgaba á más. Se había encarcelado á dos compañeros suyos, Marston y Chapman, por una frase irreverente de una de sus obras, y corría el rumor de que iban á ser desnarigados y desorejados. Jonson, que había tomado parte en la obra, fué á constituirse preso voluntariamente, y consiguió que se los indultara. La madre, á su vez, durante la comida dada en celebridad, le enseñó un activo veneno que pensaba haber echado en su bebida para librarle de la sentencia; y «para demostrar que no era cobarde (añade Jonson), estaba decidida á beber la primera». Se ve que, en achaque de acciones vigorosas, no le faltaban ejemplos en su familia. Hacia el fin de su vida se encontró sin recursos: era liberal, imprevisor y siempre había tenido rotos los bolsillos y abierta la mano; aunque había escrito inmensamente, se veía en la precisión de seguir escribiendo para vivir. Vino la parálisis, redobló el escorbuto, empezaba la hidropesía. No podía ya salir de su cuarto, ni andar sin ayuda. Sus últimas obras no alcanzaban éxito. «Si esperabais más de lo que habéis tenido esta noche (decía en un epílogo), considerad que el autor está enfermo y triste... Todo lo que implora su débil y balbuciente lengua es que no imputéis la culpa á su cerebro, que aún se conserva intacto, aunque ahogado de dolor é incapaz de resistir ya mucho tiempo (1).» Sus enemigos le injuriaban brutalmente, y se burlaban de «su Pegaso

(1) *The New Inn*, 1627.

asmático», de la hinchazón de su vientre y de la flojedad de su cabeza. Su colega Iñigo Jones, le quitaba el patronato de la corte. Tenía que mendigar socorros del lord tesorero y del conde de Newcastle; su triste «musa emparedada, arrinconada, clavada en el lecho, incapaz de recobrar la salud ni aun el aliento (1)», penaba y suspiraba por dar con una idea ú obtener una limosna. Su mujer y sus hijos habían muerto: vivía solo, abandonado, servido por una vieja. Así languidece y acaba casi siempre, lúgubre y miseramente, el último acto de la comedia humana; después de tantos años y de tantos esfuerzos, entre tanto genio y tanta gloria, se ve un pobre cuerpo debilitado que desvaría y agoniza entre una criada y un sacerdote.

## II

He ahí una vida de combatiente, digna del siglo XVI por sus peripecias y su energía: una vida en que rebosan la fuerza y el valor. Pocos escritores han trabajado más y con más conciencia. Su saber era enorme; y en aquella época de grandes eruditos fué uno de los mejores humanistas de su tiempo, un humanista tan profundo como completo y minucioso: había estudiado los menores pormenores y comprendido el verdadero espíritu de la vida antigua. No le bastaba haberse saturado de los autores ilustres, tener presente de continuo su obra entera, sembrar de recuerdos suyos voluntaria ó involuntariamente todas sus páginas, sino que se engolfaba en los retóricos, en los

(1) *An Epistle mendicant*, 1631.

críticos, en los comentaristas, en los gramáticos y en los compiladores de baja estofa; recogía fragmentos dispersos; entresacaba caracteres, donaires y delicadezas de Ateneo, de Libanio, de Filostrato. Había penetrado tan bien y dado tantas vueltas á las ideas griegas y romanas que las había incorporado á las suyas. Entran en su discurso sin disonar; renacen en él tan vivas como el primer día; Jonson inventa aun recordando. A todo asunto llevaba esa sed de ciencia, y ese don de dominar su ciencia. Sabía la alquimia cuando escribía el *Alquimista*. Maneja los alambiques, las retortas, los recipientes, como si se hubiese pasado la vida buscando la piedra filosofal. Explica la incineración, la calcinación, la circulación, la rectificación, la reverberación, tan bien como Agripa y Paracelso. Si trata de cosméticos (1), exhibe toda una droguería; con sus obras podría formarse un diccionario de los juramentos y de las galas de los cortesanos: parece especialista en todo. Una prueba de fuerza mayor aún es que la erudición no perjudica al vuelo de su fantasía: por pesada que sea la carga que lleva sobre sí, la lleva sin doblegarse. A lo mejor esa masa asombrosa de lecturas y observaciones rueda de una pieza y se desploma como una montaña sobre el lector anonadado. Hay que oír á sir Epicuro Mammon desarrollar el cuadro de las magnificencias y de los desenfrenos en que piensa engolfarse cuando sepa fabricar oro. Los refinamientos impúdicos de la decadencia romana, las espléndidas obscenidades de Hellogábalo, los desafueros colosales del lujo y de la lujuria, las mesas de oro colmadas de raros manjares, los licores de perlas disueltas, la naturaleza des pobla-

(1) *The devil is an ass*.